

## La ruina de los ideales:

En la bisagra de lo psíquico y lo social ¿qué sujeto pensamos para hoy?

¿qué diálogo entre las generaciones?

*Marcelo N. Viñar<sup>1</sup>*

### Resumen

Luego de un breve resumen del concepto de Ideal en la obra freudiana, el autor releva algunos cambios societarios y culturales operados en las últimas décadas y su impacto en el psiquismo, para terminar interrogándose sobre cómo las diferencias de códigos y claves pueden influir en el establecimiento del proceso terapéutico: sobre todo lo que concierne al tiempo vivenciado y la cultura de la instantaneidad. Quizás la interiorización de estas pautas sea sensiblemente diferente en nuestra generación y la de los jóvenes que construyen la historia del presente. Este texto es una invitación a escuchar este intervalo en la clínica psicoanalítica.

### Summary

After a brief summary on the concept of ideal in Freud, the author points out some social and cultural changes that have taken place in the last decades and its impact on the psyche. He ends up asking himself on how the differences in codes and keys might have an incidence in establishing a therapeutic process: specially concerning experienced time and the culture of the instant. Internalization of these guidelines by our generation is possibly quite different from that of the young people who are building the present history. This paper is an invitation to listen to this interval in the psuchoanalytical practice.

### Descriptores:

**IDEAL DEL YO / YO IDEAL /  
SOCIEDAD / CULTURA /  
ADOLESCENCIA /**

---

<sup>1</sup> Miembro Titular de A. P. U. Joaquín Nuñez 2946 – CP. 11300.  
Teléf: (598 2) 711 74 26 – 711 31 94. E-mail: maren@chasque.apc.org.  
Montevideo - Uruguay

Los manidos conceptos freudianos de Yo-ideal e Ideal del yo, como tantos otros de su autoría, no germinan y concluyen en un solo trazo, sino mediante sucesivos tanteos que exploran la necesidad y pertinencia de su formulación. Por eso muchos autores postfreudianos se han ocupado de glosarlos y señalar congruencias, ambigüedades y contradicciones. Heredero de esas lecturas me queda como torpe resumen, - toda apropiación es tradición y traición - que el Yo ideal es la reliquia de la omnipotencia infantil, la nostalgia de aquel momento en que fuimos His Majesty the Baby, trono que jamás tuvimos, que jamás llegamos a ocupar y disfrutar de modo pleno, pero la mente sabe añorar más que nada aquello que nunca tuvo ni tendrá.

Más importante para el tema de hoy es la noción de Ideal del yo, ese pliegue de la instancia Superyoica o la conciencia moral, que nos ilumina y nos oprime en sus afanes de perfección. Su naturaleza es axiológica, su ubicación es teleológica. Como la zanahoria del burro, o la tierra prometida, se sitúan en un horizonte hacia el que avanzamos y nunca llegamos a habitar. Si se vive mejor con o sin ese acicate es materia controversial, tiene una respuesta equívoca, o multívoca, según los individuos y en distintos momentos de cada individuo. El talante, el humor y sus variantes y trastornos, la astenia y la estenia son parte de la experiencia de sí mismo y pan cotidiano de la práctica psiquiátrica y analítica.

Los estudiosos del narcisismo argumentan, - luego de transitar el laberinto, de la lectura freudiana - que en definitiva se consolida una aleación, donde Yo ideal e Ideal del yo configuran anverso y reverso de una misma medalla. La tensión entre lo que somos o tenemos y lo que aspiramos a ser o tener, venga este impulso de nuestros apetitos grandiosos o de la servidumbre a figuras parentales omniscientes.

El ideal, entonces, nos empuja hacia un futuro, nos coloca en un estado de promesa, serena, ansiosa o exaltada y promete un mañana mejor: lograr algo que hoy carecemos a hacer crecer lo que tenemos. A nivel personal, de cada grupo o sujeto, o a nivel colectivo de la cultura, esta potencia transformadora ha sido un rasgo distintivo de la comunidad humana, rasgo diferencial con otras especies que viven en sociedad, pero donde en la sucesión de las generaciones lo dominante es la reproducción de la fijeza de rasgos y comportamientos. Al describir la peripecia entre el presente y el proyecto, Sigmund Freud identifica y pone en relieve un rasgo capital de la conducta humana, individual y colectiva, y delimita la problemática que hoy está en debate.

Mi padre no era psicoanalista pero su sabiduría criolla me dejó un mensaje postrero *“Yo era un hombre previsor –decía– por eso preparaba el mañana. Pero el mañana que yo preveía nunca llegó, llegó otro, peor o mejor, no ése para el que me preparaba .No sé si decirte que seas previsor”*. Esto fue por los 80' y resultó ser una frase premonitoria de tiempos cambiantes, de mutaciones que cursan a ritmo cada vez más acelerado, donde, en el vértigo, la relación a los valores es más equívoca, más fugaz, más evasiva. Reconozco en esas palabras la dinámica entre el ideal y la desilusión, con los que quiero hacer el andamiaje para construir mis argumentos sobre el ideal y el poder, ese modo de funcionar del alma humana de querer ser o tener algo más o mejor, aún para el melancólico y el hipocondríaco, como arquitectos, constructores activos de su padecer. Tal vez la esquizofrenia simple sea la forma clínica que hace excepción a esta regla.

El anhelo hacia la perfección de un proyecto, en su forma lujuriosa o sacrificial, parece ser el esquema orientador de la experiencia subjetiva con que trabaja el ideal.

El anhelo de perfección en la representación anticipada de la realización de un proyecto, ¿quién no conoce esta experiencia?, para un viaje, un programa de vacaciones, menos trivialmente para la construcción de la pareja amorosa, la espera de un hijo. En la artesanía de la clínica todos tratamos de reconocer en qué condiciones esta anticipación es un impulso y un motor saludable y cuándo una carga agobiante.

“Duelo y melancolía”, las elaboraciones clínicas y metapsicológicas sobre los sentimientos de culpa inconscientes y el sorprendente artículo de “Los que fracasan al triunfar” son hitos, en la reflexión freudiana, que iluminan los enigmas de este tema. W. Baranger en «Posición y Objeto en la obra de Melanie Klein», hace una semiología de las diferencias entre el objeto bueno y el objeto idealizado que me parece muy esclarecedor.

¿Será mejor vivir sujeto a la majestad de un Ideal, del ideal estético, moral, político, religioso, o suelto en la imprevisibilidad del impulso? La mejor de las respuestas es la de Cantinflas: *“ni una cosa, ni la otra, sino todo lo contrario”*; es en estos dilemas donde las categorías analíticas, productos del magín de Freud o la reflexión de sus seguidores, que sirvieron como orientadores o brújulas de la escucha deben replegarse en bambalinas y dejar que la “aleteia” (verdad naciente) del trabajo analítico produzca la singularidad de un relato. Es en el despliegue de esa singularidad que se valora el carácter saludable u opresivo del Ideal y que el binomio analítico trabaja en concreto sobre el porvenir de la ilusión y la desilusión de lo que vendrá. Pero esto ocurre al interior del marco, de los códigos y costumbres de la cultura vigente, que sancionan los bordes de lo admisible y lo transgresor, de lo consonante y lo contestatario a los valores vigentes.

El enamoramiento con la pareja y el hijo que vendrá, son las experiencias más intensas y durables donde entre la anticipación alucinatoria de lo que vendrá y el recorrido que la vida provee, no coinciden. ¿Cómo tramita la mente este intervalo? La teorización lacaniana del objeto «a» minúscula (petit «a») formaliza y argumenta que entre la satisfacción esperada y la lograda siempre hay una pérdida, entre el gran goce, esperado y el pequeño, logrado.

El esquema puede ser literal para la erótica, es más complejo en las actividades sublimatorias.

His Majesty the Baby, cuando llega y nos deslumbra, también subvierte la economía entre el exceso de la alucinación y la medida de la percepción.

Nos enseña que el más bello de los sueños es más tenue que la experiencia de realidad, que el “**todo**” que sabíamos en la visión anticipada es pobre e insuficiente ante el asombro de lo que aún debemos explorar y descubrir; que ese todo del ideal enceguece y paraliza, si nos dejamos atrapar y que sólo el principio de realidad provee una exploración insaciable que jamás recorreremos en su totalidad. Es ese carácter inconcluso del principio de realidad, que configura el motor del deseo y reubica como rasgo característico del ideal, su condición de fetiche que niega la imperfección.

La anticipación, sea de orden placentero o por “deber u obligación moral” (es decir que el placer en juego sea de orden lujurioso o sacrificial), siempre hay una distancia, un intervalo, o pequeño, o abismal en ese trayecto entre el anhelo y la realización.

La patología de los ideales se inscribe en ese itinerario entre el Todo al que el deseo apunta y el no-todo que la realidad brinda. Las características de los procesos de desidealización, las negociaciones interiores entre el ideal y la frustración, definen un abanico de desenlaces, donde se inscribe la «patología» (?) o «normalidad » (?) de los ideales.

\* \* \* \*

Hasta aquí he procurado glosar conceptos freudianos para sintonizar el tema en la tradición. En la época de Freud –comienzos del siglo XX– y la época del que escribe -mediados del mismo-, el firmamento de ideales era abundante y cada quien, con más o menos habilidad y pertinencia, escogía su constelación. El psicoanálisis es un pensamiento de la modernidad y se ajusta a sus claves decodificadoras e interpretativas. Los pensadores de la actualidad – que algunos llaman postmodernidad – hablan de fin de las utopías y caída de los discursos de legitimación. El tema es vasto y complejo y sólo tomaré una pequeña área para focalizar el tema que me interesa pensar: ¿Qué efecto tienen estos cambios en la mente de los jóvenes y qué diferencias con lo que nosotros diagramábamos en la mente en nuestros tiempos mozos? La preocupación parece teórica pero es básicamente clínica: ¿cómo dialogamos hoy los psicoanalistas con los adolescentes? ¿Qué concordancias, y sorderas en el espacio coloquial y analítico que debemos construir, para que el proceso se instale y no se interrumpa?

Hoy día, que habitamos un mundo de instantaneidades, la cultura de lo efímero: ¿cómo tratar el tema de los ideales, que parten de un tiempo extenso para desplegarse y expresarse? Ciertas observaciones, cuya generalización prematura puede trivializar los problemas, pueden sin embargo ayudarnos a pensar este tema de los ideales, cuyo reclamo de una temporalidad extensa parece ser una precondition. Voy algunos ejemplos.

El ideal de contracción al trabajo cuando la inestabilidad laboral afecta no sólo la mano de obra no calificada, sino a los cuadros técnicos y gerenciales, personajes que antaño dedicaban la vida a su empresa y donde hoy las estadísticas de permanencias fueron bajando de una vida a una década, luego a un lustro, hoy promedialmente un cuadro no permanece más de dos años y medio en su mismo puesto o empresa.

En el amor, donde la falta de durabilidad era concebida como accidente o fracaso del juramento «hasta que la muerte nos separe», es hoy erigido como valor o como virtud, de facto porque la divorcialidad aumenta

exponencialmente, de derecho porque la constancia del matrimonio mata un erotismo que la diversidad sostiene, dicen los jóvenes.

En todo caso los ritos de iniciación sexual se tardaban y poetizaban, y el luchar contra las censuras les daba cierto tono épico o heroico, hoy día son más precoces, «pragmatical», la noción de «adulterio» o «engaño» tiene relieves diversos y más proteiformes que antaño; la monogamia vale equívocamente como virtud o bobera. Esta es la inestabilidad de valores -la ambigüedad, diría José Bleger- del mundo humano que habitamos. Tan ambiguo como que los Imperios del Bien y del Mal, están conducidos por fundamentalistas delirantes.

Más que prodigar y multiplicar ejemplos, lo que quiero pautar son estilos de socialidad y convivencia que funcionan como referentes grupales para la mente individual, de una manera diferente que antaño. Traigo estos ejemplos con los que la sociología, el mundo mediático y la vida cotidiana, nos inundan de continuo, para abrir una interrogación de orden metapsicológico: ¿cómo administramos hoy lo exógeno y lo endógeno de la causalidad psíquica?

En los tiempos en que Freud elaboró sus conceptos de Yo ideal e Ideal del Yo - tomemos la década del 1914-1924, la idea directriz era articular las exigencias de la pulsión con las de la cultura - de acuerdo a valores que se llamaron de moral victoriana, que el cine y la literatura ilustran con vigor. El relato de nuestros abuelos es fundador de nuestras creencias, que formulamos en general para tener el placer de ridiculizarlos o burlarnos tiernamente.

Las formulaciones freudianas describen formaciones endopsíquicas de cómo el trabajo de la cultura, de la censura y la prohibición, se interiorizan en nuestra mente. El genio de Freud se expresa en el reconocimiento de la complejidad de este trabajo de interiorización, donde rompe la causalidad mecanicista propuesta en los esquemas de socialización por el discurso religioso y/o pedagógico.

La «realidad psíquica» que Freud funda con esta elaboración, es heterogénea al anudamiento mecanicista entre el ámbito psíquico y el cultural que procesa la conciencia. Mi propósito es abrir una interrogación acerca de si la noción del par Yo-Ideal – Ideal del Yo, alude a los mismos referentes en 1914 del «Narcisismo» o el 23 del «Yo y el Ello» que en los tiempos presentes. En ambos se trata de articular las peripecias del Sujeto singular con la cultura que habita. El tema es tratado con extensión en el libro de Rosolato.<sup>2</sup> Las entidades que Freud inventa (porque no son hallazgos empíricos de una realidad preexistente) si bien se localizan en ese espacio ficto que llamamos aparato psíquico, si bien son formaciones intrapsíquicas donde el trabajo de la mente le da sus perfiles y relieves propios, tampoco son formaciones impermeables a ser impregnadas por la cultura, es decir, a las costumbres y valores de cada época. Creo que para trabajar la noción de ideal -en la sesión o en el modelo metapsicológico- se requiere esclarecer los pactos entre el sujeto y sus grupos de pertenencia, entre el sujeto de la intimidad y los conjuntos transubjetivos, como se nominan en la línea de trabajo de René Kaës, Janine Puget e Isidoro Berenstein.

Pero sobre todo los itinerarios psíquicos y el estilo personal con que cada sujeto tramita y organiza sus servidumbres y sus rebeliones frente a las costumbres y perfiles de su entorno social y familiar, en adhesión u oposición. No es fácil compatibilizar el advenimiento de la transferencia, y su relieve en el aquí y ahora conmigo, que son un momento importante de la cura, con una

---

<sup>2</sup> Rosolato, Guy. Pour une psychanalyse exploratrice dans la culture. PUF, Bibliothèque de psychanalyse, 2° Ed., París, 1998.

escucha abierta, fresca y disponible, a los productos culturales de los jóvenes, que vienen de códigos poco familiares al mundo de nuestra generación. Sin pretender directivas dogmáticas, entiendo que la práctica actual nos permite, si escuchamos el vagabundeo por el mundo que nos brinda el relato de nuestros pacientes, reconocer su modo de inserción en la cultura, y reinterrogar nuestra neutralidad, desde la coincidencia (o no) de los códigos –hoy tan estallados– para posicionarse ante valores seculares (familia, trabajo, sexo, ocio). Sobre todo cuando una diferencia generacional marca el encuentro analítico.

Esta búsqueda, además de su valor intrínseco puede tener una consecuencia práctica: ser preventiva de algunas o muchas interrupciones de tratamiento.

Un tiempo extenso, desplegado hacia el pasado y el futuro, habitó nuestra experiencia de análisis. Temporalidad que parece inadecuada a la época del video-clip, de un tiempo histórico que ha sido llamado cultura de la instantaneidad y de lo efímero. ¿Será este desencuentro la crisis y la muerte del psicoanálisis? Soy incapaz de predecir el triunfo o la derrota. Mientras tanto entiendo que vale la pena dar batalla, por la premisa de que todo estilo epocal genera sus síntomas y malestares y el actual no es un presente lujurioso, sino de penuria. Y porque tengo la convicción de que es inherente a la tarea del psicoanalista, como semiólogo, reconocer la diferencia de códigos y valores entre el tratante y el tratado y sólo sucumbiendo y luego rescatándose en la desimbiotización del campo, que ambos podrán salir ganando en la discriminación de sus anhelos y proyectos.

## **Adolescencia y Cultura**

¿Cómo definir lo que se da y se recibe del colectivo al que se pertenece, como adhesión o sometimiento y como rebelión confrontativa?

El desafío de hoy es construir una identidad por los propios medios, frente a la multiplicidad, levedad y fragmentación de los referentes sociales. Crear una estética de la construcción del sí mismo: cuerpo peinado, maquillajes, tatuajes, piercing, exhiben la identidad y pertenencias: Baile de máscaras informales y provisionales, efectos estilísticos, estetización del ocio, volatilidad de la afectividad. ¿Cómo interpretar las culturas emergentes?

¿Qué representación nos hacemos de la convivencia y de la noción de colectividad en relación a la autoconciencia individual? ¿Qué lugar ocupa la represión en el mundo de hoy, frente a la oposición freudiana de pulsión y censura?

La definición de Cultura que adopta Norbert Lechner<sup>3</sup> se basa “en el conjunto de prácticas mediante las cuales las personas conviven” y “el conjunto de representaciones compartidas que se hacen de esa convivencia”. Configuraciones, sucesiva o alternativamente estables o cambiantes, que caracterizan el modo de vivir juntas. Proceso o trabajo perpetuo de configuración y re-configuración que constituye, en cada momento sincrónico (corte transversal) lo que C. Castoriadis llama: El imaginario –descriptivo y normativo– de un Nosotros. Un “Nosotros” que teje la trama o atadura de pertenencias y lealtades a las que cada quien se sujeta, o contra las que se rebela. La “exteriorización” de ese Nosotros es la preocupación y el objeto a explorar de sociólogos, semiólogos, politólogos y periodistas. Su interiorización

---

<sup>3</sup> *Lechner, Norbert. Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Col. Escafandra. LOM Editores, Chile, 2002.*

-represión mediante nos preocupa a los psicoanalistas; ambos a padres y docentes. Los adolescentes se ocupan de hacer la historia, de producirla, más que de pensarla y contarla, que es ocupación de los adultos. Así ha sido siempre y es bueno que lo siga siendo – la tensión entre los que construyen la historia y los que la piensan.

Lo característico del tiempo presente (siempre hay que figurar las coordenadas de un tiempo y lugar: el cronotopo de Bajtin) es que los ingredientes y contenidos que constituyen la trama de ese imaginario del Nosotros ha cambiado rápidamente en los últimos 20-30 años, y estos cambios son consistentes y de envergadura.

Lechner, citando a Castoriadis expresa: *“La crisis de las significaciones imaginarias colectivas ya no proveen al individuo de las normas, valores, referencias y motivaciones que les permitan integrar procesos sociales colectivos”*. Y agrego, de otra fuente: Eduard Glissant en “Tout Monde” escribe: *“la globalización multiplica las diversidades, poniéndolas en relación unas contra otras, pero no tenemos sistemas para decodificar toda la información que incorporamos, entonces la comprensión se nos escapa y el mundo se vuelve inextricable, por lo tanto desconocido y amenazante.*

Sin embargo concebir al Sujeto en su relación al mundo sigue siendo inevitable. La adhesión a los valores locales: la tierra, la patria, la lengua, el idiolecto, los aromas y colores, siguen siendo un refugio que confronta los particularismos a los valores universales.

Hoy es menos fácil articular lo universal y lo local. Cierta forma de universalización homogeneizadora parece generosa, pero es dañina: una uniformización empobrecedora. ¿Cómo definir la identidad de Todo el Mundo, dice Glissant, cuando cada uno necesita y requiere una infinita red de detalles? Por eso, concluye, los vínculos actuales no son conceptuales (compactos y estables), sino en archipiélago (discontinuos y tambaleantes) y la fobia al extraño, cada vez más cercano en el mundo globalizado, produce reacciones de expulsión, exclusión, excomunión.

Con la urbanización masiva y acelerada, hay una fragmentación de las redes sociales tradicionales (familia, barrio, club) donde se apoyaba el intercambio de vivencias del mundo cotidiano, ahora lo distante y extraño se acerca, fomentado por la invasión del mundo mediático. Con la privatización del espacio colectivo, se produce una laxitud y fragilización del lazo social, del sentimiento de pertenencia. Hay un declive de las grandes representaciones de la vida social: religión, estado, nación, sociedad; las representaciones que se recomponen no tienen metas claras, no hay reemplazo de las utopías colectivas. Los ritos colectivos, banalizados en su estilo narrativo hollywoodense y trivializados para su uso mercantil televisivo resultan en el ridículo (al decir de Leopoldo Nosek) que un Papá Noel brasileño, a 40 grados de temperatura, está vestido como en los países nórdicos, porque así lo requiere el marketing. Si este absurdo toma la vigencia de «lo establecido» (el establishment); ¿qué tipo de disidencia contestataria se avendrá a esa propuesta?

En un texto reciente (Primacía de lo subjetivo), José Pedro Barrán destaca el carácter liberador del sujeto sujetado desde siglos o milenios a los mandatos de la religión y el estado, y la potencia emancipadora de poder ser lo que se es, lo que se quiere ser y el progreso que comporta la libertad de grupos históricamente oprimidos y sojuzgados (la mujer, los homosexuales y otras minorías).

La disminución del peso de preceptos religiosos e ideológicos que ordenan el presente, requieren una contraparte de autocontrol, lo que comporta un aumento de la responsabilidad y del peso emocional que soporta el individuo autónomo.

Los adolescentes llegan a este mundo en ebullición, y esto implica riesgos y ventajas. Encuentran obsoleta buena parte de los valores y creencias que conformaban la constelación de representaciones de sus mayores y que ordenaban sus acciones colectivas; pero el presente no le da claves precisas para la lectura de sus experiencias. A falta de espacios compartidos donde cristalizar pactos de pertenencia y reconocimiento, las reglas de convivencia se fragmentan, se hacen insulares o se volatilizan. El exceso de signos y de códigos crea una saturación donde es difícil seleccionar lo propio y concebir un sí mismo. Qué paradoja, cuando la plétora de la diversidad y el vasto abanico de oportunidades disponibles, se convierte en un exceso o un agobio.

Las experiencias de desigualdad y de exclusión, reforzadas por los traumas y la lógica de las dictaduras, del crecimiento urbano, rápido, caótico e inicuaamente desigual, fragilizan las posibilidades de un lazo social que fortalezca el reconocimiento del mito de un Nosotros que lo acoja, lo modele, y lo proteja. Hasta aquí es un comprimido personal del libro de Lechner, quien viene de las ciencias sociales.

\* \* \* \*

Ese nosotros que nos acoge, nos modela, a veces nos acuna y otras nos sofoca. Esta disyuntiva está exacerbada en la etapa adolescente. A veces es un elixir de pertenencia que nos ampara – que nos adormece - ¿para qué pensar si ya somos pensados por los hábitos y costumbres del grupo? Otras veces es monotonía meliflua y letal que nos aburre y nos obliga a sacudir la modorra. Hoy, que estamos frente al estallido del espacio colectivo, ¿cómo y dónde replegarse a formular nuestros espacios compartidos y aquéllos de intimidad? ¿Cuándo estos movimientos son de búsqueda y cuándo de fuga? ¿Cuándo son estrategias y cálculos para construir y tener un lugar, o autodefensa de cambios ininteligibles y avasalladores?

Es propio de la historia que los ideales y utopías cambien, pero la rapidez, multiplicidad y levedad de las referencias de hoy día, los estímulos incesantes y cambiantes, contrastan con la estabilidad de los ideales y utopías de antaño. La memoria de sacrificios y promesas de las generaciones precedentes ya no sirve. La sociedad de consumo se orienta por la instantaneidad o temporalidades fugaces. El horizonte temporal que supo ser largoplacista, con el mito del desarrollo y del porvenir radiante, es hoy agobio y contracción al tiempo presente. El ciudadano se definía por su participación activa en las pautas de convivencia, su acción cívica. La urbe moderna, su tamaño y organización distancian al individuo de esa función de corresponsabilidad. La distancia urbana y la distancia de poder adquisitivo separan a los grupos entre sí.

## **Sujeto y Cultura**

Usted, ¿quién es? Cualquiera de nosotros transita por la vida y por el mundo intentando, docenas o miles de veces, respuestas a variantes de esta pregunta que nos formulan, desde afuera, interlocutores diversos, o nosotros mismos desde nuestro fuero interior.

¿Quién soy? Esta conciencia de sí mismo, conciencia reflexiva o su expresión mayor, la postura autoteorizante, parece ser inherente o constituyente de la condición humana. Nos posiciona de un modo distinto a cuando nos concebimos como seres naturales. Una cosa es la muerte, otra la conciencia de la finitud. Una cosa es estar vivo, otra muy diferente, es responderse en palabra y en acto, para qué lo estamos, qué queremos hacer de nuestro destino.

La manera simple y económica es responder desde la cáscara de una respuesta objetivante, con la ficha identificatoria, nombre propio y de familia, edad, género, raza, religión, nacionalidad. La operación sería obvia y sin vuelo si no se calibra el efecto devastador que acontece cuando uno de estos pilares o fundamentos es falente o fallante. Otra vía, más difícil, es la de transitar, desde la poiesis subjetivante, el camino de construir un fuero interior.

“El Narrador asume la transmisión de su propia experiencia. El relato configura al ser” (Revault D’Allones). Pero no hay narrador sin oyente, no hay narrador sin testigo. El destinatario configura el relato tanto como el autor.

Esta es la matriz de un espacio íntimo, un espacio potencial donde se genera el psiquismo que en cada acto se produce o se cancela, aunque en la suma de momentos sincrónicos, en sus continuidades y discontinuidades, se producen melodías, (espacios poblados) o silencios (espacios desiertos). Así cada destino humano traza andariveles e itinerarios donde se construyen amores y soledades.

La tragedia griega -como prototipo, quizás todo el teatro y cierta novela- nos ayudan a descubrir y aprehender al sujeto hablante, también escénico y dramático, que discurre en la sesión, bajo el mandato de la asociación libre y la atención flotante. La tragedia es la representación-tipo, donde el espanto se actualiza y produce la catarsis de la emoción. El otro sufriendo provoca el miedo, la piedad, la huida, la repulsión. Esos sentimientos humanos que están al borde de lo inhumano son una zona privilegiada para el espejo donde se produce el reconocimiento del prójimo. Postura cognitiva que Revault D’Allones, estudia en la mimesis de Aristóteles, en sus efectos de organización subjetiva. La mimesis muestra que el re-presentar no es copiar o repetir, sino una recreación activa entre el modelo sabido, y algo nuevo e inédito, donde cada sujeto singular se expresa y realiza.

Compartir vivencias en el grupo al que se pertenece forma parte de la condición humana y es condición para el advenimiento de un sujeto singular. No es entonces, el hecho pasivo de que el humano viva en sociedad, sino que cada individuo construye lo social para vivir. De allí surge un espacio relacional íntimo –del que la sesión analítica es un prototipo casi experimental- que es lo que está afectado, averiado en situaciones extremas<sup>4</sup> y en la cultura de hoy. Es en esta trama vincular que se teje lo que en el espacio público llamamos referentes identitarios de una cultura y en el privado mitos y leyendas de un origen. Los procesos identificatorios que configuran el andamiaje de eso que en la intimidad se llama estructura psíquica y en su expresión consciente, (interpersonal o psicosocial) se llama construcción identitaria.

---

<sup>4</sup> Llamo situación extrema al desamparo y el hambre crónico en la pobreza extrema, a veces asociada al maltrato doméstico. Su expresión máxima y más estudiada es el campo de concentración. Arendt dice que no hay nada comparable, algo increíble para el sujeto mismo, que no sabe si está vivo está muerto.

Un sujeto psíquico se construye a través de procesos endopsíquicos que modelan su erotismo y su moralidad, pero simultáneamente a través de una inscripción en la genealogía y la cultura que lo conforma como sujeto social. En esta doble vertiente, una que configura lo privado y lo íntimo, eso que luego llamamos nuestro fuero interior- y en un espacio microsociedad y público de donde surgirá el ciudadano.

El tejido y la trama de afinidades, lealtades y pertenencias es uno de los ejes significativos de la experiencia y el destino humano. En la memoria del horror, en la experiencia de exclusión, en el martirio de la tortura y el mundo concentracionario, esta función constituyente de la humanidad del humano, queda amputada. El horror, el dolor extremo, no genera experiencia, sino espanto, no genera representaciones y relato, sino vacío representacional y por ello lo ocurrido es difícilmente transmisible y compartible.

Esta necesidad perentoria del otro para ser uno mismo, es expresada por Paul Celin:

*“...Siempre elegimos un compañero no para nosotros, sino para algo en nosotros o fuera de nosotros, que tiene necesidad de que nos fallemos a nosotros mismos para franquear la línea de lo que no alcanzaremos a decir. Compañero perdido por anticipado, pues la pérdida misma estará en lo sucesivo en lugar nuestro...”*

Crear un devaneo donde navegamos por las galerías de los recuerdos, de los anhelos y las angustias es parte de las necesidades humanas. Crear un espacio de confianza y confianza. Buena parte de este devaneo no se toma a sí mismo como destinatario, sino que busca un testigo y confidente a quien está destinada la interlocución, que nunca es neutra, que siempre está cargada de deleite o de temor. Desde el amigo imaginario de los niños que hablan solos, hasta “hablar con el hombre que siempre va conmigo”, como dice en sus «Cantares» Don Antonio Machado, crea un coloquio interior que dura toda la vida.

En el mundo vertiginoso de hoy y en la cultura de lo visual, el remanso de la palabra analítica, no es el refugio de un fundamentalismo retardatorio, sino el espacio donde preservar la expresión de singularidad que es propia de la condición humana, un ideal y foco de resistencia contra el Homo Aequalis que propone la globalización mercantil.

## **Bibliografía**

BARANGER, Willy: Posición y Objeto en la obra de M. Klein. Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1971.

BARRAN, José Pedro: Primacía de lo Subjetivo. Coloquio: Qué Sujeto para el Siglo XXI, Instituto Goethe, Montevideo, octubre, 2003.

BENJAMIN, Walter: Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV. Ed. Taurus Humanidades, Madrid, 1991.

DUMONT, Louis: Homo Aequalis. I Genèse et épanouissement de l'idéologie économique.. Ed. Gallimard, «Bibliothèque des Sciences Humaines» Francia, 1985.

FREUD, Sigmund: Duelo y Melancolía. En: Obras Completas, Vol. 14. Pág. 235. Ed. Amorrortu Editores. (1917 [1915]).

FREUD, Sigmund: Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. En: Obras Completas, Vol. 14. Pág. 313. Ed. Amorrortu Editores. (1916 d).

GLISSANT, Édouard: Tout-monde. Col. Folio - Ed. Gallimard, Francia, 1993.

LECHNER, Norbert: Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Col. Escafandra. LOM editores, Chile, 2002.

REVAULT D'ALLONES, Myrian: Fragile Humanité. Alto, Aubier, Paris, 2002.

ROSOLATO, Guy. Pour une psychanalyse exploratrice dans la culture. PUF, Bibliothèque de psychanalyse», 1996, 193 p., 2<sup>o</sup> ed., 1998.